

## **Obras y Diálogo de Beatriz Guido**

En reciente viaje por los países del sur de América, llegamos a Buenos Aires. La ciudad nos atraía por su estilo, por su rica vida humana e intelectual, por los conflictos políticos en ebullición, por el recuerdo de maestros y compañeros en la brega intelectual. Había también —por qué no confesarlo— una tentación de llegar a la “República de Boca” y admirar la obra de Quinquela Martín, el pintor del puerto, y a la sombra de sus cuadros, escuchar unos tangos “gardelianos” que desgarraran nuestra sensibilidad de provincianos.

Muchos nombres acosaban el recuerdo intelectual y político. Desde Sarmiento y Alberdi, pasando por Hipólito Irigoyen y Lisandro de la Torre, hasta Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Fernández Moreno, Ezequiel Martínez Estrada, David Viñas. El diálogo volvió sobre ellos reiteradamente. Al amparo cordial del vino, frente a la mesa incitante de viandas, conversamos con gratos amigos acerca de nombres comunes a la sensibilidad y a la inteligencia. Repetimos frases de ellos que aún nos golpean con su furor o que nos desvelan con la dulzura de su revelación poética. El río de La Plata, ancho y profundo, nos sorprendió indagando por sus vidas, consultando sus sistemas de trabajo, tratando de acercarnos a lo medular de su mensaje.

La ciudad, por ello, fue un nuevo incitante en nuestra tarea mental. Había una tibia temperatura en los días que la visitamos y nos hería el sentido de la grandeza con sus monumentos históricos. Allí se había consagrado la admiración patética del pueblo por sus próceres en obras que se destacaban por su multiplicidad y algunas por su fina concepción artística. Unos árboles, que principiaban a dorar sus hojas, sobre unos amplios prados verdes, hacían las tardes plácidas con el suave rumor que sus ramas producían al rozarse al impulso del viento. Todo ello, como es lógico, adquiría categoría humana al volver a la conversación con amigos que tenían sentido del humor y de la vida, y para quienes la noche era una oportunidad de arder en nuevos coloquios. También fue grato por que el amor nos envolvía en su dulce temperatura y damas cordiales incitaban aún más a la plática erudita o picaresca.

**El primer conocimiento.** — Hay escritores a los cuales nos sentimos unidos desde el primer contacto con sus obras. Se vuelve urgencia intelectual localizar sus producciones, leerlas, comentarlas, hacerlas circular entre las gentes que se identifican con nuestro mundo íntimo. Hay una especie de urgencia vital de encontrar a esos creadores, que han interesado nuestra inquietud mental. Para nosotros era apremiante localizar en Buenos Aires a la novelista Beatriz Guido.

El primer encuentro con su nombre fue cuando, en 1954, en los "Premios Literarios Emecé", su nombre fue laureado por la obra "La Casa del Angel". Desde entonces seguimos devotamente su creación. En esa novela, lo reconoció la crítica americana, se descubría una nueva modalidad en el género, una particular manera de crear los personajes y hacerlos actuar. Un golpe de gracia se producía en la novelística americana. Las ediciones se sucedieron una a otra. Hoy está traducida a doce idiomas.

Pocos eran los datos sobre la autora. Sólo algunas referencias la identificaban como una mujer muy joven, hermosa y de talento, el cual acreditaba con su primera publicación. En su hogar había larga y fecunda tradición intelectual. Sus estudios en Roma se habían dirigido hacia la Historia de la Filosofía con la orientación de Guido Ruggiero. Más tarde, en Francia, había sido discípula de Gabriel Marcel. Ella proclamaba que Jorge Luis Borges era uno de los escritores que más había influido en su mundo intelectual. Todo la iba situando en una atmósfera de poderosos influjos mentales. Además, se destacaba como una sensibilidad que se emparentaba con los más complejos atributos de la inteligencia contemporánea. Y su Santa Fe, la ciudad provinciana argentina, le daba su raíz de autenticidad. Así iba apareciendo la figura intelectual de Beatriz Guido.

**"La Casa del Angel".** — Esta creación está emparentada con las grandes novelas que revelan el problema de la adolescencia femenina. Está en la misma línea de "Ifigenia" de Teresa de la Parra o de "Ana Isabel, Una Niña Decente" de Antonia Palacios. Claro está que con problemas diferentes y planteamientos que establecen dicotomía entre ellas. Pero el gran tema —la adolescencia— aparece con su conturbador misterio, sus ansias detenidas, sus aprensiones y sus temores deslumbrantes.

Beatriz Guido logró un éxito intelectual con su "Casa del Angel". Finalmente ha sido llevada al cine. La popularidad de su creación se acentúa todos los días. Con mucha fluidez en la expresión literaria, van irrumpiendo los caracteres humanos. Ana Castro, el personaje central, está en esa dulce y desosegada edad en que el universo nos presenta todo su misterio inquietante. En esa hora en que la vida nos desvela con sus interrogantes, sus primeras dulzuras y sus desgarrados, punzantes y primigemos dolores. Con ese símbolo logra una exacta figura en la cual se integran todos los avatares que pueden sacudir el espíritu de una adolescente.

Esta novela, lo reconocieron los críticos americanos más exigentes, abría la perspectiva de una nueva modalidad en la novela argentina, es decir en la americana. En torno de Ana Castro se mueven

la religión, el amor, la vida incitante. Estos son valores universales, que le quitan todo acento de lugareñismo a la obra. Claro está que todos esos valores, se ven aprisionados por las contradicciones internas de un alma en ebullición. Hay unas aprensiones que la atan, la martirizan y le escuecen su espíritu.

La protagonista vive el sonambulismo de la adolescencia. Ella ve muchas cosas que no puede entender, que no alcanzan a tener una explicación razonable. Apenas va a integrarse como mujer y por ello se mueve en la atmósfera de las más sutiles intuiciones. Todo ocurre en una casa a la cual quedan atados todos los recuerdos. Beatriz Guido puso a su obra un epígrafe de T. S. Eliot que explica la importancia del ambiente en que se desarrolla su creación literaria: "En una vieja casa siempre se escucha algo, y es más lo que se oye que lo que se dice. Y permanece en las habitaciones todo lo que se dice, esperando que el futuro lo oiga".

**El encuentro inicial.** — Otras novelas de Beatriz Guido ya habíamos leído, después de "La Casa del Angel". Por ello nos inquietaba la necesidad de entrar en diálogo con ella. Nos unían invisibles lazos afectivos. Una honda y seria amistad con su padre, el escritor y profesor Angel Guido, había vuelto familiar nuestros nombres. En torno de su sombra, fuimos desenvolviendo la conversación. Recordamos las obras cardinales del profesor: "Redescubrimiento de América en el Arte", fundamental estudio para poder advertir la hondura del mensaje mestizo; su "Fusión Hispanoindígena en la Arquitectura Colonial", "La Arquitectura Hispanoamericana a través de Wölfflin", la "Orientación Espiritual de la Arquitectura en América", "El arte de nuestro tiempo", "Eurindia en el Arte Hispanoamericano", "Concepto moderno en la historia del arte". Muchos más títulos aparecieron en la plática, que nosotros desconocíamos. Se insistió en la urgencia de continuar sus investigaciones en torno del arte barroco en América, que pusieron en evidencia que nuestros artesanos mestizos habían modificado, introduciendo los valores indígenas, en las orientaciones que quiso imperialmente señalar España. Un joven profesor de arte, Mario Corcuera, que también asistía a este conciliábulo, nos expresó que él continuaría esa tarea americanista que había comenzado Angel Guido. Esa es una buena noticia para quienes se preocupan por situar el arte americano en sus propios valores, en lo que tiene de auténtico, en lo que aparece como calidad diferenciada frente a Europa.

En ese cordial apartamento de la calle Santa Fe, donde se han concentrado las obras de arte colonial que recogió Angel Guido, continuamos nuestro diálogo. Un imponente retrato del profesor preside nuestras palabras. Beatriz Guido ama entrañablemente la memoria de su padre: le tiene devoción humana y admiración intelectual. Además allí estaban con nosotros seres que han permitido el destello de la poesía en nuestras vidas.

A Beatriz Guido la conocíamos por retrato: alta, fina, con una cabellera negra que le hace juego a unos ojos grandes de dulzura y almendra. Realmente es una mujer bella. Su personalidad es de avasallante interés. Su simpatía y su cordialidad, le dan un aire de viva y

vieja amistad a las palabras. La viveza mental, libre de pose y de fatigante "bachilleratismo", restaña con agilidad en las apreciaciones. Hay una clara conciencia de la responsabilidad social y humana que le corresponde como escritora. Sabe que hay necesidad de estar en quicio con la angustia colectiva y la acepta como un mandato elemental, sin alarde de "mensaje". Es la limpia conciencia de un escritor que vive en su tiempo, que confronta sus dramas, que se estremece con las aflicciones de su pueblo, que tiene el oído atento al rumor social.

Pasamos allí revista a América: a sus similitudes históricas, a sus bifurcaciones sociológicas; a nombres de escritores de común amistad; se revelan dificultades —siempre amargas y crueles— de algunos creadores intelectuales; nos internamos por los inquietos panoramas internacionales; nos detenemos en la Cuba atormentada y esperanzada; volvemos sobre rostros y paisajes; insistimos sobre hechos políticos; y, siempre, la Argentina y Colombia con sus caras centelleantes y sus lados de tormenta.

**Las otras novelas.** — Pero volvamos a las otras novelas de Beatriz Guido, antes de continuar. Después de "La Casa del Angel", publicó "La Caída". Como toda su obra tiene una singular personalidad literaria. Es una nueva etapa, porque la autora se ha propuesto una superación constante en su creación. Lo que nos inquieta y subyuga es la realidad alucinante que cruza por sus páginas. El desarrollo del drama humano, social y característico de nuestros pueblos, justifica la ansiedad con que recorreremos sus páginas.

El tema se entrelaza con la aventura de una muchacha de provincia que llega a Buenos Aires a estudiar. Cae, como es elemental, en una pensión capitalina que es propiedad de una madre enferma y de un padre que vive ausente. La administración entonces corresponde a las niñas de la casa. Son varios los dramas que se entrelazan entonces: el de superar las limitaciones de la provincia, buscando la liberación intelectual, con medios escasos y con el temor alucinante que produce la urbe tentacular: el asistir a una enfermedad que limita, destruye y paraliza la acción; el advertir que la ausencia del padre, va dejando libres vías a las más fantasmagóricas extravagancias.

Y, nuevamente, el drama de la niñez y de la adolescencia. Son seres extraños, que aparecen a veces con su desnuda verdad, hiriendo, sorprendiendo. Todo ello dentro de una estructura novelística bien construida. Hay personajes adultos bien diseñados, con sus reacciones humanas y sociales planteadas con claridad. Estos sirven, esencialmente, para establecer el contraste entre sus vidas y sus sueños, con la existencia y los presentimientos de la adolescencia universitaria y las niñas pensionistas. Allí está, además, la ciudad, Buenos Aires, con unos sitios que se van adhiriendo a nuestra existencia sentimental. "La Caída", por sus valores literarios y humanos, es una creación muy significativa en la producción de Beatriz Guido.

**"Fin de Fiesta".** — Esta novela ha alcanzado varias ediciones, como todas las suyas. Nuevamente aquí se evidencian las cualidades artísticas que destacan a la escritora argentina. Hay, como en cada uno

de sus libros, un ambiente muy personal. Se mueve con su arte sutil, haciendo la descripción de hechos sociales y políticos. Pero sin caer en el cartel. Es un relato sobre una época, la cual aparece signada por cada uno de los valores y hechos que se quieren destacar.

Beatriz Guido en "Fin de Fiesta" se propuso pintar cómo era el cacique electoral de la época anterior al peronismo. Pero no hace obra política. Al contrario, el libro tiene una atmósfera singular, extraña, como todas sus creaciones.

Braceras es el jefe político de una provincia. Es el cacique de Avellaneda. En torno de él se mueve todo el poder de la sociedad. El ordena y dictamina. Nada puede ejecutarse sin su orden expresa, o su complacencia, o su silencio malicioso que puede conducir a la aprobación si el acto tiene éxito o a la condenación si la colectividad lo mira con recelo.

Está bien descrito el ambiente y la mentalidad del cacique. No es sólo un tipo de la Argentina, sino de toda América. Es el mandamás de nuestros pueblos. El, domina electoralmente. Tras ese poder, entonces los puestos se reparten de acuerdo con su gula burocrática o su comparsa. Braceras puede, entonces, reducir las posibilidades de triunfo de quien no se le entrega. Para ello ha montado una máquina. Esta reparte, además, sincronizadamente sus consignas, las repite, las silencia cuando es lo aconsejable. Todo ese andamiaje se ha construido para levantar infamias también cuando ello da dividendos: el jefe lo sugiere en privado a uno de sus validos. Este, luego opina como que obedeciera a un razonamiento personal. Y reparten la tesis obstruccionista. Así van formando la torcida opinión al conjuro de sus paniaquados.

Todo esto aparece claro en "Fin de Fiesta". Braceras, el personaje político, lucha con ardentía contra todo aquel que no sea su obsecuente servidor. Se roba un entierro, cubre el ataúd con la bandera del partido, si ello da prestigio. Mata, también, si conviene a la solidez de su imperio. Y cuando viene su muerte política, por un cambio esencial, como el del peronismo, entonces, queda abandonado, en el silencio, sin mundo interior porque no lo tuvo, despedazado en la propia pequeñez de su alma. En el libro, para establecer el contraste, cruza por sus páginas la figura intelectual de Lisandro de la Torre, un orientador de tesis sociales. Es la antítesis: es el hombre de disciplinas, el doctrinario, que no puede someterse al rompimiento de los principios y mejor renuncia a su propia existencia. Esa aparición en las páginas de "Fin de Fiesta" es como una condena al caciquismo, como una protesta contra sus sistemas. Es, entonces, la ráfaga de una noble posición frente al mundo, que se levanta con pensamientos puros, altos y constructivos.

Pero en esta obra Beatriz Guido no abandona sus personajes adolescentes. Ellos están allí actuando, otras veces vigilantes, siempre en acecho. Por primera vez maneja adolescentes masculinos. Y aparecen con su propia intimidad, con su hondo y revuelto mundo, con su pugnacidad sexual. Ellos conducen a la escritora a enfrentarse a los conflictos que despierta la carne.

Todo esete material le permite a Beatriz Guido realizar un análisis satírico, mordaz de la sociedad contemporánea. Con el cacique político muere una época y se levanta otra, la del peronismo, de la cual está tan distante la novelista como nosotros. Toda una clase social también se derrumba. Los adolescentes pertenecientes a esa clase, irrumpen con otro concepto de la vida, del amor, de las relaciones sociales. Es, por lo tanto, una obra de madurez, rica en su antigua persistencia en los temas de niñez y adolescencia, y que se encara, con maestría artística, con los conflictos de una sociedad.

**“La Mano en la Trampa”.** — Son diez relatos que nos vuelven a sumergir en el “mundo tan sugerente y atractivo de la adolescencia”. Aquí la escritora quiso demostrar su maestría en la narración. Algunas de ellas podían haber adquirido la dimensión de novela. Ella las prefirió en su concepción de cuento, en una rápida sucesión de hechos, y en una permanente sugerencia de acaeceres psicológicos, de trucas emociones. El lector debe completar la visión mágica que le deja flotando, en una atmósfera de poesía, la creadora intelectual. De allí que los personajes permanezcan en la memoria, vuelvan al recuerdo, persistan con sus caracteres bien determinados.

“La Mano en la Trampa” adquirió rápida jerarquía en las letras americanas. El primer relato, que da el título a la obra, sirvió para que filmaran una película que ha venido destacando la crítica internacional, y que no hemos visto en Colombia. Estos cuentos tienen la virtud de que relieván las peculiares condiciones de escritora que distinguen a Beatriz Guido. Los adolescentes siguen dominando su creación. Ella, por fortuna, a cada nuevo personaje le encuentra su preocupación diferente, distante de sus otros muñecos literarios. Así va creando una abundancia extraordinaria de caracteres. Y le permite que se asome la preocupación del mundo —de sus alegrías, de sus goces, de sus aprensiones— con frescos enfoques de sensibilidades aún vírgenes, no fatigadas por el agobio de la experiencia. No podríamos olvidar que esto le ha permitido a su obra tener un aire de juventud, que levanta en sus páginas un permanente aliento de esperanza, a pesar de lo cruel y amargo que es el mundo de la adolescencia que impulsa a algunos de sus personajes. Es apenas la vida que principia a asomar con su vigor, su sueño y su espina humana.

**El cine y las traducciones.** — Las obras de Beatriz Guido han sido llevadas a la pantalla. “La Casa del Angel”, apareció en 1956-57; “El Secuestrador”, con tema suyo, en 1958, es un guión original, que tiene su base en una obra aún inédita; “La Caída”, en el 58; “Fin de Fiesta” en 1959; “La Mano en la Trampa”, en 1960-61 y “Piel de Verano” que es una adaptación de relatos. Todas son películas desconocidas en nuestro país. “La Mano en la Trampa”, obtuvo el premio que otorga la Fédération Internationale de la Presse Cinématographique (Fipresci) en el Festival de Cannes de 1961. Esta última producción la dirigió Leopoldo Torre Nilsson, considerado el primer director de cine en América Latina, y esposo de Beatriz Guido. El hecho de que todas las obras hayan logrado llegar al film nos indica que su calidad sus-

cita interés, que sus personajes están creados con recias delimitaciones en sus caracteres, que el mundo en que se desenvuelve su actividad vital es fácilmente identificable.

Las ediciones de su obra las ha hecho, casi en su totalidad, la editorial Losada. A Gonzalo, su director, y a su agudo sentido de la oportunidad crítica, se le debe el que las obras de Beatriz Guido hayan circulado en América. Pero su creación no ha inquietado solamente a este continente. Mientras con ella recorremos su biblioteca, vamos descubriendo traducciones de sus novelas al inglés, al italiano, al francés, al checo, etc. Más de doce ediciones extranjeras contamos, por ejemplo, de "La Casa del Angel". Esta es una seria advertencia de que su mensaje intelectual ha tenido resonancia en otras culturas, por el hecho de que los valores universales —como el amor, la muerte, la adolescencia— atraviesan sus páginas.

**Alcances de su obra.** — Examinando en conjunto las obras que aquí hemos señalado, hallamos que todas tienen características que les son comunes. Son las notas distintivas de esa creación intelectual. La expresión literaria tiene una extraña fluidez, que le da un encanto sugerente al estilo. Permite, a la vez, plantear situaciones, resolverlas y volver sobre nuevos hechos con renovada simpatía intelectual. Esa tesura da facilidad para nuevas imágenes. En todas las novelas y relatos hay la nota americana. Es algo que depende de que la Argentina —sus rostros, sus paisajes, sus hechos— van asediando a la escritora. Ella, entonces, ha sido fiel a los personajes, al escenario y la atmósfera de América. Pero que no se confunda: esto no implica ni folclorismo, ni lugareñismo, ni provincialismo. Ello no sucede, porque Beatriz Guido se mete en el alma de sus personajes y estos, entonces, aparecen con sus valores universales, con su dimensión ecuménica. En toda su creación hay un rumor sexual y ello es natural si advertimos que el descubrimiento del sexo, su misterio y dulzura, es algo de lo que más inquieta a la adolescencia. Toda su prosa está estremecida de un suave rumor poético. Sólo así puede un escritor asomar a ese delicado, confuso y sugerente mundo de la adolescencia. La poesía es intuición, lo mismo que esa edad en la cual el mundo nos reclama con todos sus interrogantes. De allí que haya en sus libros seres extraños, casi inverosímiles, que nos hieren con su punzante verdad.

No puede negarse que tiene un arte sutil para construir novelas. Que son muchos los valores literarios y humanos que integran su producción. Que ellos aparecen a cada momento, intrigando, llamando la atención del lector, dándole dimensión a cada una de sus páginas. No es posible olvidar que en estas obras hay crítica social. La autora se detiene con minuciosidad en el mundo que describe. Pero al mirarlo, también censura sus prejuicios, los vicios que atan a la comunidad, las limitaciones que pesan, especialmente, sobre las gentes que van apareciendo con nuevas ansias. Las descripciones son agudas, sin llegar a la violencia o la prédica. Pero el mundo contemporáneo —con sus sueños, sus desgarramientos, sus resabios— emerge en sus palabras. Por todo ello es que sentimos a Beatriz Guido tan cerca de nuestra sensibilidad.

**El coloquio.** — Es fácil llegar con ella al diálogo. Mientras la tarde se extendía sobre los árboles un poco marchitos de la calle Santa Fe, le pasamos revista a muchos hechos. Beatriz Guido conversa rápida, apasionadamente, nerviosamente. Cada palabra le brinca con alegría. Su inteligencia le da viveza al coloquio. Su simpatía humana le da colorido a sus expresiones. Vamos a reconstruir algunas de sus respuestas para que el lector se acerque, un poco más, al mundo intelectual y humano de la novelista argentina.

Es elemental que se nos ocurra preguntarle por qué los personajes de sus obras son gentes de edad infantil o adolescente. Y le hemos indagado por qué se ha inclinado por ellos.

Beatriz Guido responde con rapidez intelectual:

—Siempre me ha fascinado el mundo infantil, sobre todo el adolescente: su lenguaje propio, su angelismo, su noción precisa de la verdad y, a la vez su imponderable libertad frente al mal y el bien. El mundo propio, impenetrable para nosotros, es lo que me ha interesado espigar aunque sea por el ojo de una cerradura muy pequeña. Me siento muy cómoda con ellos. No los veo limitados a unas pocas formas de conducta, como suelen verlos los adultos, sino abiertos a todas las posibilidades, con un mundo propio, ilimitado y complejo.

—Qué condiciones se requieren para poder manejar con propiedad estos personajes, muy difíciles en sus caracteres, por el hecho de estar apenas manifestándose su personalidad?

—Creo que la adolescencia es una edad fundamental en el hombre. Me produce una profunda piedad esa etapa del hombre en que debe decidirse a elegir entre la iracundia o la entrega, entre el rebelde y el sumiso. Infinita ternura la de esa edad particularmente solitaria y desesperada.

—En el fondo lo que la ha determinado a ello, es la circunstancia personal de que su infancia y su adolescencia tienen en su espíritu y en su inteligencia una fuerte repercusión?

—La repercusión que tuvo mi propia infancia y adolescencia en mi novelística se vuelve por momentos obsesiva. Lucho o lucha el novelista para desentenderse de ella.

### **Desintegración de un mundo.**

—En sus novelas se advierte que hay una desintegración del mundo argentino —sus valores, sus costumbres, sus estratos sociales, etc.—. Nos puede contar a qué obedecen esos cambios? Ello traerá una nueva conducta social, una radicalización política, una presencia más activa del nacionalismo argentino?

—Toda una generación (la mía) vivió su adolescencia y su primera juventud bajo la dictadura peronista. La palabra nacionalismo resultaba un término inexplicable. Nacionalismo era de alguna manera “Alpargatas sí, libros no”. La realidad nacional podía ser vista bajo un ojo único. Denunciar sí, pero los libros, los fines o los ensayos debían llevar el epígrafe de “época felizmente superada”.

Ese estado de demencia que se advierte en mis novelas y en las de David Viñas es una reacción lógica. Desgraciadamente, querá-

moslo o no, el papel de jueces o delatores. Por qué? Quiénes somos? Cuáles son los hechos históricos que nos hace un pueblo blando y sin fisonomía?Cuál es la causa de nuestro feudalismo creciente?

En fin, una serie de preguntas a las cuales no podemos dar las espaldas.

—En su novela “Fin de Fiesta”, a pesar de la adolescencia de sus personajes, Ud. busca expresar preocupaciones por el fin del caudillismo político provincial. Nos puede hacer una síntesis de las consecuencias benéficas o desastrosas que trajo para el desarrollo social y político argentino?

—Pienso que el caudillismo político y provinciano se fundió en Perón. El fue el gran caudillo, por esto desaparece inmediatamente el pequeño caudillo: los devora. Las virtudes o beneficios —leyes obreras, etc., son secuencias de su demagogia—, son un inevitable acontecer histórico. Desaparecido el caudillo todo vuelve a su estado anterior: gran poderío de las castas militares; imposibilidad de gobernar los civiles y un poderío creciente de una clase —la misma que gobernó antes de Perón— vuelve al poder tolerado, sin convicción, esas leyes obreras...

—Algunos críticos han anotado el hecho de que su obra cubre una época que corresponde exactamente a la iniciación del “Peronismo”. Ello es cierto o, al contrario, busca reflejar otros problemas de la realidad argentina?

—El tema que trato de reflejar es el de una clase, a la cual siento pertenecer por el lado materno, y que aunque formaron el país hoy están en completa decadencia. Permitieron que todo les fuera arrebatado. Esa realidad criolla o latinoamericana es la que trataré de reflejar en mi próximo libro.

—Su obra, como se deduce de su lectura, no busca explicar sólo los fenómenos locales argentinos. Ud. aparece inclinada a dar una visión de hechos y realidades que corresponden a la problemática americana. No es esa su gran intención como escritora de este continente?

—Repito que es una realidad americana la que trato de buscar, aunque la Argentina parezca tan lejos de esa intención. Creo que los hechos que relato, ya los han observado Arciniegas, Luis Alberto Sánchez y Uriel García. Claro que ellos como ensayistas.

### La problemática ética.

—Juan Carlos Portantiero en su libro “Realismo y Realidad de la Narrativa Argentina”, sostiene que los “Tabús del sexo —como reflejo de una clase social que Ud. describe— adquieren en el ambiente de esa clase importancia fundamental y se transforman en determinantes en todas las conductas”. Si esa observación es exacta, Ud. cómo ha logrado manejar tan complejo problema en su obra?

—Estoy de acuerdo con Portantiero. El problema sexual es casi predominante en esta clase social por un factor de tiempo y hastío.

En mis libros a veces reflejo anécdotas, hechos verídicos, historias relatadas en voz baja, sobresecuestrados de los archivos de la nación.

—El mismo ensayista sostiene que su obra “se agota en una problemática de raíces éticas, permaneciendo como una crítica moral de la decadencia de las clases altas”. Ello es cierto o cómo explica Ud. el mundo en descomposición que presenta en sus novelas?

—Por el momento esa es la resultante: permanezco en una crítica moral de raíces éticas pero no quiero intentar nada que no sienta profundamente. Como dice Sartre, una obra es, a veces, la respuesta de una sola frase: la de él era: “Vale esta vida un sólo gesto de heroísmo?”.

—Ud. ha declarado en alguna parte que es una escritora “comprometida”. Quiere explicar cuáles son las preocupaciones más hondas que la atenazan a ese compromiso?

—Mi compromiso, dije, es denunciar aquello que estoy viviendo en un país que se llama Argentina en el continente americano, en una ciudad llamada Buenos Aires. Esto es lo único que sé y como bien dice Borges, “lo peor que tiene la Argentina son los argentinos, pero es lo único que tenemos”. De esos personajes llenaré mis libros. No sé si son buenos o malos, pero viven en la Argentina, un país de América.

—Entre escribir una obra de arte por el sólo arte y decir su verdad, qué prefiere?

—Nunca podré escribir la apología del nazismo ni la de un dictador suramericano. Quizás sea esa la verdad ideológica. Me inclino por ella aunque limite al novelista.

—Ud. como advierte el porvenir de la novelística americana?

—Creo en la novelística americana desde Salinger, Faulkner a Borges y Alegría, Rojas y Gallegos.

—En qué nuevas obras se encuentra trabajando? Va a insistir en sus temas de la adolescencia y la infancia; se va a internar más en los problemas americanos a través de sus hechos políticos como en “Fin de Fiesta” o busca revelar nuevas realidades de la Argentina y nuestro continente?

—Mi próxima novela es una continuación, por llamarla así de “Fin de Fiesta”. Abarca tres años de peronismo. Es la historia de las claudicaciones de una familia de clase alta para que no le expropien sus tierras. Termina el día que incendiaron el Jockey Club. Pienso que ese hecho marcó el fin de un mundo o de una clase social entre nosotros.

Así como “Fin de Fiesta” terminaba con la ascensión del peronismo, “Nuestra Edad”, —pues así la llamaré— continúa el retrato de la desintegración de una familia aristocrática durante la dictadura, que obliga a uno de sus miembros a aceptar un cargo diplomático del régimen, para evitar de ese modo la expropiación de sus campos. Pero al mismo tiempo una niña muy extraña que he conocido me sugirió la idea de un relato que estoy escribiendo. Lo llamaré “Agustina o el Infortunio”.

### Sus novelas y el cine.

—Sus obras han servido para guiones de películas. Ud. está satisfecha de las interpretaciones cinematográficas que se han realizado?

—Estoy más que satisfecha. A esas películas les debo la traducción de muchos de mis libros.

—Nosotros sabemos que Ud. trabaja en estrecha colaboración con su esposo Leopoldo Torre Nilsson, quien es el primer director de cine en la América del Sur. Ha servido esa experiencia para enriquecer su temática o existe divorcio entre el cine y la labor de escritor?

—Cine y literatura son dos idiomas completamente distintos. El cine me ha enseñado síntesis y preocupación en el diálogo. Por lo demás, sigo pensando que mi único medio de expresión es el oficio de escritor.

El cine sí ha influido en mí mucho y beneficiosamente. Mi imaginación siempre fue excesivamente rica y desordenada, con tendencia al caos. El cine me ayudó a ordenar las ideas, a adquirir una visión de la totalidad de una obra, de su arquitectura y armonía. Además, el contacto con un público más amplio hizo que me esforzase por clarificar muchas cosas que deseaba transmitir, para que alcanzaran y afectaran a ese público.

—No cree que se corre el riesgo de que el cine comprometa la creación literaria?

—Existe el riesgo de ser absorbido por el cine, de escribir exclusivamente para el cine. Fue el caso de Scott Fitzgerald. Pero yo no escribo guiones, aunque colabore en la adaptación de mis obras. La redacción del guión en términos cinematográficos es cumplida por Leopoldo Torre Nilsson con sus colaboradores, como Ricardo Luna y Muñoz Suay en el caso de "La mano en la trampa".

—Si Ud. cree que se integran las funciones del cine y del escritor, sería posible puntualizar cuáles son las influencias benéficas del primero en la obra de un novelista como es el caso suyo?

—Roble Grillet es una respuesta de lo que el cine puede hacer con la literatura. No así Margarite Duras que es la literatura volcándose en el cine. Roble Grillet escribe "Con la cámara en mano... Su literatura objetivista es el restaurante. Pienso que será un nuevo aporte. A mi me cuesta desprenderme de Proust: su antagonico".

—Ud. ha escrito guiones especiales para cine o simplemente han entresacado los temas de sus obras?

—Yo, simplemente, he escrito algunas escenas que me han marcado. Me cuesta dificultad hacer guiones de mis obras.

—En Colombia no se han exhibido las películas que se han rodado basadas en sus obras. Por la crítica nos hemos enterado que algunas de ellas han merecido consagraciones internacionales. Podríamos saber cuales han sido? Cuáles le agradan más?

—"La Mano en la Trampa" obtuvo el premio internacional de la crítica en el Festival de Cannes. Torre Nilsson y yo estamos haciendo lo indecible para que nuestras películas se estrenen en Colombia. Creo que este año Osiris Troiani tratará de llevarlas.

—Cómo anda el cine argentino? Cuéntenos, aprovechando la ausencia de su marido, cuáles son las principales obras de Torre Nilsson, qué premios ha alcanzado y qué obras proyecta?

—"El nuevo cine argentino" como se le ha dado en llamar, tiene nombres valiosísimos: Kohon, Ayala, Kuhun, Murúa. Posiblemen-

te se organice en Bogotá una semana del cine argentino. Mi marido prepara "Homenaje a la Hora de la Siesta", una pieza teatral mía. Es también co-producción con Alida Valli y Louis Jordán.

### La influencia de Angel Guido.

—Este diálogo lo hemos iniciado hablando de su padre, el profesor Angel Guido. Sus investigaciones acerca del Barroco en América van a continuarse? No habrá una reedición de sus obras, especialmente de su monumental estudio "Redescubrimiento de América en el Arte"?

—De eso no tengo dudas. El camino que abrió mi padre a sus alumnos es muy vasto. Corcuera Ibañez ha recopilado directamente todo lo referente a su obra. En sus manos hemos dejado todo. La reedición de sus libros trataremos de llevarla a cabo con la Casa de la Cultura Ecuatoriana y con Losada también.

—En su vocación intelectual no hay una influencia de su padre, el eminente escritor y crítico de arte?

—A mi padre le debo toda mi formación espiritual. El me enseñó a querer a América, aunque me enviaba a estudiar a Europa.

—Qué otras influencias anotaría Ud. en su obra intelectual?

—Siento la influencia de toda la literatura norteamericana, sobre todo; después la francesa.

—Cuál podría Ud. señalar como su maestro argentino?

—Borges, naturalmente. A él le debemos ese lenguaje que es orgullo de nuestro idioma y posibilidad de expresión para los argentinos, ese lenguaje que ya es "el idioma de los argentinos". Además, el valor de atreverme a cualquier temática, por universal o difícil que sea. En fin: la posibilidad de expresarme.

### Mensaje a los escritores colombianos.

—Querría enviar algún mensaje especial a los escritores colombianos?

—Con los escritores colombianos desearía conversar, leerlos. A veces en mis viajes interrogo ávidamente a Arciniegas. Pienso que una ventaja de estos tiempos es que hemos acortado distancias. Quiero leerlos. Vivimos muy aislados. Pero necesito —lo siento— conocer en extenso la obra de León de Greiff, de Hernando Téllez, de Gabriel García Márquez, de Jorge Zalamea, de Germán Pardo García, de Eduardo Caballero Calderón, de Adel López Gómez, de Jorge Gaitán Durán, de Eduardo Mendoza Varela, de Rafael Maya, de Pedro Gómez Valderrama, de Juan Lozano y Lozano, de tantos otros. Pero aún nos movemos en un archipiélago: vivimos separados.

Beatriz Guido es un caso excepcional en las letras americanas. Nosotros seguimos obsesionados por sus personajes y su ambiente. Y ahora, deslumbrados por la hondura de su pensamiento. Sobre la Calle de Santa Fe, en Buenos Aires, una mano cordial se levanta para pedirnos que volvamos. Lo repetimos con decisión: regresaremos a su obra y a su diálogo, Beatriz Guido.